

EL REVIVAL FASCISTA O LA REDENCIÓN POR LA VÍA DE LA ESTÉTICA

David Becerra Mayor
Universidad Autónoma de Madrid /
Fundación de Investigaciones Marxistas

Cuando a mediados de la década de los ochenta, concretamente en 1986, se publicaba en Akal la primera edición de la *Historia de la literatura fascista española* de Julio Rodríguez Puértolas, su autor señalaba en el prólogo «el curioso fenómeno que acaso pueda calificarse de *revival*»¹ que se estaba produciendo durante el tiempo de producción del libro. Un *revival* marcado –prosigue Rodríguez Puértolas– por «unas notas de nostalgia y seguramente de algo más»². Las notas de nostalgia se siguen detectando, seguramente, entre los sectores más conservadores de la sociedad española mediante sus voceros *neocons*, pero ese «algo más», que anunciaba Julio Rodríguez Puértolas y que a continuación habrá que pasar a analizar su contenido, se ha ido acentuando en los últimos años a través de un discurso desligado de las políticas reaccionarias –al contrario: el discurso se erige sobre unas bases liberales y aun democráticas– que busca su legitimación por medio de la vía estética. De manera que el estudio de la *literatura fascista* se ha convertido en un asunto políticamente delicado y literariamente complejo.

Dos formas de acercarse a la literatura fascista

La literatura fascista sigue suscitando interés, y acaso también debate, en el marco de la cultura española. Prueba de ello es la reedición en 2008 de la *Historia de la literatura fascista española*; pero también sirve de constatación del fenómeno la publicación de otro ensayo de temática similar, aunque de proyecto opuesto, titulado *Liras entre lanzas. Historia de la Literatura "Nacional" en la Guerra Civil*, de José María Martínez Cachero, publicado en 2009, dentro de la colección "Literatura y sociedad" de la editorial Castalia.

Historia de la literatura fascista española de Rodríguez Puértolas y *Liras entre lanzas* de Martínez Cachero ofrecen dos puntos de vista de un mismo fenómeno histórico y asimismo literario. El primer paso que conviene dar para reconocer las perspectivas ideológicas y académicas que los dos ensayos proponen consiste en identificar a sus autores. Un repaso por el *currículum* de cada uno de los autores podría resultar más que suficiente para trazar una primera línea sobre la labor académica de cada uno. Teniendo en cuenta estos datos, recogeríamos lo siguiente: Julio Rodríguez Puértolas es Catedrático Emérito de Literatura Española

¹ Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Literatura fascista española*, vol. 1/Historia, Madrid, Akal, 1986, pág. 11. Reedición: Julio Rodríguez Puértolas, *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Akal, 2008, vol. 1, pág. 9. A partir de ahora vamos a citar la edición más reciente, ampliada y actualizada.

² *Ibid.*, pág. 9.

en la Universidad Autónoma de Madrid y entre sus publicaciones cuentan sus estudios y ediciones críticas de Galdós, *La Celestina*, Cervantes o Alejo Carpentier, entre otros. Son dignos de mención, igualmente, sus libros *De la Edad Media a la Edad conflictiva*, *Literatura*, *Historia*, *Alienación* y, del mismo modo, *Historia social de la literatura española*, obra escrita junto con Iris M. Zavala y Carlos Blanco Aguinaga. Por su lado, diríamos que José María Martínez Cachero, recientemente fallecido, ha sido Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Oviedo y ha publicado numerosos estudios sobre la novela y la poesía española de postguerra, entre los cuales destaca *Novelistas de hoy* y *La novela española entre 1939 y 196: Historia de una aventura*.

Con los datos expuestos, el lector no puede más que extraer una imagen sucinta, superficial e insuficiente de los dos autores. Para completar esta suerte de semblanza de Julio Rodríguez Puértolas y José María Martínez Cachero tal vez sea necesario introducir otras voces que nos acerquen, de manera más explícita, a su verdadera actitud académica e ideológica. Cuando en 1978 se publicaba en España *Historia social de la literatura española*, un diario madrileño –independiente y de la mañana– tildaba a Rodríguez Puértolas y a sus otros dos autores de inquisidores, estalinistas, marxistas vulgares e ignorantes. Por otro lado, *Historia de la literatura fascista* aparece en la Guía Bibliográfica de 2003, el *Index* de Libros Prohibidos del *Opus Dei* con el grado de peligrosidad número 5, esto es, y según la leyenda que dicta el documento, «No se puede leer, salvo con un permiso especial de la delegación»³. Pues bien, teniendo en cuenta la procedencia de tales argumentos y calificaciones, consideramos que no es preciso aportar más datos sobre el autor de esta *Historia*; con ellos el lector arrastra el bagaje necesario para hacerse una idea suficientemente fidedigna del profesor. Por lo que refiere a su obra, *Historia de la literatura fascista* constituye, en palabras de César de Vicente Hernando, autor del epílogo que cierra el libro, «uno de los mayores estudios sobre el fascismo en España y el más exhaustivo de los dedicados a historiar la literatura escrita al servicio del régimen político surgido de la sublevación militar contra la Segunda República española el 18 de julio de 1936»⁴. Aunque es el propio Rodríguez Puértolas quien se encarga de advertir que la denominación de *fascista* que se utiliza exclusivamente en el libro para referirse a aquellos autores que escribieron al servicio de la dictadura se aplica también

... a quienes antes [del 18 de julio de 1936] formaban parte de las organizaciones que propugnaban la destrucción de la democracia y la creación de un estado autoritario, así como a quienes después de la muerte del general Franco el 20 de noviembre de 1975 intentaban, o regresar al viejo sistema, o simplemente manifestaban una ideología antidemocrática⁵.

Pues bien, dentro de la amplia relación de escritores que pusieron la pluma, y acaso la espada, al servicio del régimen franquista, se encuentra José María Martínez Cachero en el epígrafe dedicado a profesores y catedráticos. Así queda

³ Puede descargarse y consultarse el catálogo de libros prohibidos en la siguiente dirección de Internet: http://www.opus-info.org/index.php?title=%C3%8Dndice_de_libros_prohibidos. Consultada *ex contrario* puede constituir una excelente guía de lectura.

⁴ César DE VICENTE HERNANDO, «Epílogo a la segunda edición», en *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Akal, 2008, vol.2, pág. 1112.

⁵ Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 1, pág. 8

retratado Martínez Cachero por Julio Rodríguez Puértolas –voz sin duda más autorizada que la nuestra– en su *Historia de la literatura española fascista*:

Catedrático de Literatura de la Universidad de Oviedo, allí publicó, en 1945 y avalado por el sello editorial de Falange, SEU, *Novelistas de hoy*. Ahí se dice (...) que *Madrid de corte a cheka*, de Agustín de Foxá, es la mejor narración (fascista) de la guerra civil (...) y a Pedro Álvarez Gómez, otro falangista, lo sitúa entre los más importantes narradores contemporáneos, a saber: Camilo José Cela, Rafael García Serrano, Miguel Villalonga y Juan Antonio de Zunzunegui⁶.

Resulta sin duda curioso –y no por ello exento de sospecha– que el catálogo de narradores confeccionado por Martínez Cachero se encuentre únicamente compuesto por escritores falangistas.

Pero no son sólo los postulados ideológicos y las más que cuestionables premisas estético-históricas de las que parte Martínez Cachero lo que convierte a sus libros en materia carente de interés. La obra de José María Martínez Cachero, en contraste con la exhaustividad y el rigor de la *Historia de la literatura fascista* de Julio Rodríguez Puértolas, carece de exactitud, rigor y, por consiguiente, utilidad académica. Este hecho no ha pasado en absoluto desapercibido por la crítica especializada, que no ha dejado de señalar las peculiaridades de método y de técnica investigadora del Catedrático de Oviedo. De este modo, el crítico Santos Sanz Villanueva, al cotejar las dos ediciones de su *Historia de una aventura* y al observar que reinciden los errores de la primera edición en la segunda, señala que «ya no puede disculparse un posible apresuramiento. El libro de Martínez Cachero entraña el peligro de que tanta cifra puede hacer creer a algún desprevenido que es ciencia exacta lo que precisa de cuidadosa y equilibrada interpretación»⁷. Manuel L. Abellán, por su lado, apunta directamente hacia la falta de honestidad investigadora de Martínez Cachero al afirmar que el Catedrático de Oviedo

... ha demostrado ser el único estudioso de la literatura española contemporánea que haya tenido a mano documentos procedentes de los archivos de la censura, aunque dicho autor no indique en ningún momento la procedencia de los mismos⁸.

Falta de rigor y honestidad, dos de los ingredientes básicos de la labor investigadora, que, sin embargo, pretende resolver Martínez Cachero en el prólogo de sus *Liras entre lanzas* al afirmar que, al redactar el ensayo, le

... animó el propósito de guardar la mayor objetividad e independencia ideológica posibles, condiciones ciertamente necesarias si tratamos de hacer historia verdadera y no panfletaria, objetivo desde luego no fácil de conseguir. Me pregunto si me habré comportado debidamente en todas sus páginas⁹.

El recurso de la “objetividad” funciona como el argumento mediante el cual el autor de *Liras y lanzas* pretende disimular su posición ideológica¹⁰. Como diría

⁶ *Ibid.*, vol. 2, págs. 1091-1092.

⁷ Santos SANZ VILLANUEVA, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, 1980, vol. I, pág. 21. Cfr. Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 2, pág. 1096.

⁸ Manuel L. ABELLÁN, *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Barcelona, Península, 1980, pág. 113. Cfr. Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 2, pág. 1096.

⁹ José María MARTÍNEZ CACHERO, *Liras entre lanzas. Historia de la Literatura “Nacional” en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia, 2009, pág. 10.

¹⁰ Objetivo que no logra ni siquiera en los paratextos, lugar en que se encuentra la dedicatoria que abre el libro y que le desenmascara de inmediato: «A la memoria de Rita Cachero que cumplió

Rodríguez Puértolas, «con el paso del tiempo y de otras cosas, Martínez Cachero ha ido puliendo esos y otros juicios, tan rotundos, adquiriendo un fascinante estilo de ambigua y pretendida objetividad estética»¹¹. Es de sobra sabido que para alcanzar la objetividad debería su autor no hacer un uso indiscriminado de las fuentes y buscar los distintos puntos de vista, ofrecer cada una de las perspectivas que existen sobre la materia y prestar atención al estado y el debate de la cuestión, aunque entren en contradicción con sus postulados ideológicos. Sin embargo entre los textos y autoridades de los que se sirve Martínez Cachero para construir su *Liras y lanzas* prescinde, según el índice onomástico y de títulos –porque el ensayo carece de bibliografía– de «uno de los mayores estudios sobre el fascismo en España y el más exhaustivo de los dedicados a historiar la literatura escrita al servicio del régimen político surgido de la sublevación militar contra la Segunda República española el 18 de julio de 1936», esto es, la *Historia de la literatura fascista en España* de Julio Rodríguez Puértolas. Curioso olvido el de José María Martínez Cachero, que de inmediato le delata.

Pero, ¿en qué consiste esa objetividad de la que se habla en *Liras y lanzas*? Supuestamente la objetividad reside en su intento de dotar a la literatura de un carácter autónomo, dotado de sus propias leyes internas, con el fin de desplazar la ideología que en ella se encierra y asimismo de soslayar la condición política e histórica de textos. Descontextualización, despolitización, deshistorización: estos son los instrumentos de los que se sirve Martínez Cachero para realizar el análisis estético de la obra de los escritores del bando “nacional” –como así se los denomina. De este modo, autores como José María Pemán, Agustín de Foxá o Jacinto Miquelarena, todos ellos fascistas confesos, pasan por las páginas de *Liras y lanzas* como si su posición política fuera un mero accidente histórico que nada incide en su literatura ni en la historia de la literatura misma, como una cuestión extra-literaria que sólo puede estorbar en la labor del crítico o investigador. El análisis literario de *Madrid de corte a cheka* de Foxá, novela del terror rojo por antonomasia, encubre (o mejor: desplaza) la cuestión ideológica de la misma con el propósito de introducirla en el canon de la literatura española contemporánea, por méritos propios y exclusivamente literarios, una vez que la cuestión ideológica se ha ocultado, desplazado o omitido. De igual modo, nada se dice del carácter ideológico de la obra de Miquelarena; por el contrario, se destaca su valor literario: «la elegancia que Miquelarena quiso presidiera este su relato testimonial»; «humor que distancia los sucesos»; «proclividad de Miquelarena hacia el juego expresivo»; «la ingeniosidad nada tópica»¹². Etcétera.

Martínez Cachero, con su ensayo, pretende dotar de un valor intrínsecamente estético a la obra de los escritores del fascismo español, aunque pague por ello la amputación ideológica del producto literario. Pero, a su pesar, el fascismo sigue ahí.

esforzadamente en la Guerra Civil su puesto en la Central de Teléfonos de Oviedo». ¿Acaso, afirmando «que cumplió esforzadamente» con su deber en la guerra, no se está posicionando, no está tomando partido por uno u otro bando?

¹¹ Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 2, pág. 1092.

¹² José María MARTÍNEZ CACHERO, *Op. cit.*, pág. 103.

La redención por la vía de la estética

Si a la literatura le restamos su carácter ideológico, su extracción política, sin duda el texto literario tolera una digestión más amable. De este modo ha sido posible que al lector no se le atragante la relectura que el *revival* ha hecho de los textos de Foxá o Ridruejo o Ledesma Ramos.

Críticos destacados, y fuera de toda sospecha ideológica, iniciaron en la década de los ochenta la labor de elogiar y aun de recomendar la lectura de los escritores falangistas más insignes. El 11 de diciembre de 1983, por ejemplo, Pere Gimferrer recomendaba en *El País* la lectura de Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Pedro Murlane Mechelena, Adriano del Valle y Eugenio d'Ors. El 3 de junio de 1984, Rafael Conte reforzaba lo apuntado por Gimferrer recomendando vivamente la conveniencia de leer y estudiar la literatura fascista española. Poco después, el 12 de noviembre de 1984, Francisco Vega Díaz, en «Los siete magníficos», elogiaba por su valor literario e intelectual a Dionisio Ridruejo, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Tovar, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco y Pedro Laín Entralgo. A finales de 1984, en las páginas culturales de *El País*, se inicia una sección titulada «Volver a leer», desde donde se insta a hacer una nueva lectura de las viejas obras de la literatura española. Las referencias a los textos fascistas son la constatación efectiva del *revival*. José Luis Aranguren, el 2 de diciembre de 1984, le dedica un artículo a *Mariona Rebull* de Ignacio Agustí; Eduardo Haro Tecglen, el 23 de diciembre de 1984, a *Los cipreses creen en Dios* de José María Gironella; Juan Manuel Bonet, procede de forma idéntica con un artículo dedicado *La vida de Pedrito de Andía* de Rafael Sánchez Mazas, el 20 de enero de 1985; y Andrés Trapiello, que se erige como voz paradigmática del *revival*, dedica palabras de elogio desmesurado a *Madrid de corte a cheka* de Foxá, el 18 de noviembre de 1984, en un artículo titulado «¿Quién piensa en 1936?»¹³. Sin duda, quien no pensaba en 1936 era el mismo Trapiello al considerar la novela de Foxá como «una de las novelas más brillantes de la guerra civil española de 1936»¹⁴. Y se pregunta, aniquilando las distancias históricas, lo que sigue:

¿Quién piensa en 1936? Ha pasado, como pasaron las otras guerras, civiles y carlistas. Se las llevó el tiempo. Y sólo permanecen algunos nombres y algunas de sus obras. El de Foxá, seguro. El de su novela, siempre¹⁵.

El asunto de la Guerra Civil, en argumentos de Trapiello, constituye un lastre para los amantes de la buena literatura, que encuentran obstaculizado su acceso a una literatura de gran valor a causa de un infundado prejuicio ideológico. Por ello, concluirá Trapiello, que «los escritores que fundaron la Falange se quedaron sin generación. Ganaron la guerra, pero perdieron las páginas de los manuales de la literatura»¹⁶.

La frase de Trapiello –ganaron la guerra, pero perdieron las páginas de los manuales de la literatura– se ha convertido en buque insignia de los redentores por la vía de la estética que defienden la pervivencia del valor literario de los

¹³ *Vid.*, para todo esto, Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 1, págs. 9-10-11.

¹⁴ Andrés Trapiello, «¿Quién piensa en 1936?», *El País* (18-11-1984). *Cfr.* Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *Op. cit.*, vol. 2, pág. 11.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 12.

¹⁶ *Ibid.*, págs. 11-12.

textos fascistas por encima de la Historia y las ideologías, valor que debe ser suficiente para recuperar, para leer y para estudiar la literatura del fascismo. De este modo, y más recientemente, la novela *Soldados de Salamina* de Javier Cercas se estructura sobre la frase del autor leonés. De hecho, uno de los personajes que integra el *dramatis personae* de la novela (o relato real, como quiere su autor) es el mismo Andrés Trapiello, que no desaprovecha su irrupción en la escena para emitir su frase antológica. En efecto, Rafael Sánchez Mazas, cofundador de Falange, representa en la novela de Cercas la posición marginal a la que los escritores fascistas españoles han sido relegados por motivos más ideológicos que literarios. Incluso uno de los personajes increpa al propio Cercas, convertido también en personaje de ficción, por perder el tiempo escribiendo una novela sobre un escritor fascista. Y le insta a escribir sobre García Lorca¹⁷. Los escritores fascistas ocupan, en efecto, un papel secundario en las letras hispanas, papel que sin duda sólo puede atribuirse –señalan los redentores– a los parámetros extra-literarios que componen un canon en extremo politizado, donde las cuestiones literarias tienen un peso menor que los motivos políticos. Su propuesta consiste en olvidar –otra vez *olvidar*– dónde se encontraba cada uno el 18 de julio de 1936 –«quién piensa en 1936»– con tal de acercarnos a ellos como lo que realmente eran: grandes escritores, autores de obras inmemorables, capaces de trascender su posición ideológica, el momento histórico en que fueron escritas y acaso las muertes que sus escritos legitimaron.

Entre los redentores que han propiciado la aparición del *revival* fascista destaca José Carlos Mainer, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza. Además de por su ensayo exculpatorio titulado *Falange y Literatura* (1971), Mainer merece mención especial por dos episodios recientes. En el primero de ellos, y sin duda a remolque del éxito comercial de *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, Mainer dedicó un artículo, en su línea exculpatoria, a Rafael Sánchez Mazas en la revista turolense *Turia*, titulado «Acerca de Rafael Sánchez Mazas»¹⁸. Más recientemente, en 2005, en conmemoración del décimo aniversario de la Fundación Santander Central Hispano, José Carlos Mainer participó en la colección «Obra Fundamental» con la edición de *Casticismo, nacionalismo y vanguardia* de Ernesto Giménez Caballero, en la que el falangista aparecía como figura destacada del intelectualismo español de los años veinte y como el gran impulsor de la vanguardia. El escritor fascista quedaba de este modo realizado, una vez soslayada su militancia política.

Aunque, tal vez y con el permiso de Trapiello, el abanderado de los redentores, y acaso el protector de los fascistas *reciclados*, no puede ser otro que el Catedrático de Barcelona Jordi Gracia. Autor de libros como *Estado y cultura: El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*, *La resistencia silenciosa: Fascismo y cultura en España* y *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Jordi Gracia ha emprendido la ardua tarea de rescatar el valor literario de los escritores del fascismo español. La ideología no se tiene en cuenta, sólo vale el genio. Así procede, por ejemplo, con Ernesto Giménez Caballero, de quien destaca tanto «su fisonomía literaria como humana: su desacomplejada encarnación de la modernidad en tiempo real, sin tiempo a respirar, con todos los bollos calientes, y su apremiante e

¹⁷ Javier CERCAS, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001, pág. 144.

¹⁸ José Carlos MAINER, «Acerca de Rafael Sánchez Mazas», *Turia*, 61 (junio 2002).

incombustible necesidad de expulsar el torbellino de ideas, hipótesis, ocurrencias o lo que le vaya viniendo»¹⁹. Pero no sólo eso: Jordi Gracia, a diferencia de sus colegas de redención, va más allá y contribuye al proceso de reciclaje al que muchos intelectuales de origen falangista se sometieron para saltar, tras la transición, a la palestra pública con naturalidad democrática. Este es el proceso que han recorrido muchos falangistas, como denuncia el novelista Benjamín Prado en su *Mala gente que camina*:

Qué asco, pensar en todos esos médicos, filósofos y escritores de segunda que ocuparon las plazas de los depurados, vivieron de algún modo sus vidas y cuando el dictador se fue al otro mundo, los más indecentes aún intentaron falsear la Historia para exculparse, y formaron el coto del descaro: yo evolucioné pronto, yo obedecía órdenes, yo no he matado a nadie, yo ayudé a muchos de izquierdas, yo nunca firmé nada, yo sólo era anticomunista, yo sólo fui monárquico, yo he sufrido un terrible exilio interior. Los cobardes lo son siempre, tanto en la victoria como en la derrota. Es su condición²⁰.

Asimismo lo dice el también escritor Isaac Rosa:

... los espinazos curvos del franquismo viven y mueren tranquilos. Aquí no hay cebollas que pelar, aunque se sepan podridas por dentro, sino cebollas blindadas, de una pieza, de granito. Aquí no se ha pedido cuentas a nadie. Es fácil saber lo que hizo cada uno, basta ir a la hemeroteca y consultar la prensa de entonces para conocer dónde estaba cada cual y qué decía. Pero los laureles, el respeto, el magisterio, permanecen intocables. Incluso aquellos escritores que, según expresión que ha hecho fortuna, ganaron la guerra pero perdieron la historia de la literatura, han ido recuperando posiciones en los últimos años, mientras quedan autores del exilio que aún no han sido incorporados a la vida cultural española en el lugar que merecen²¹.

De este modo escritores como Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester o Dionisio Ridruejo, entre otros, asumieron los valores democráticos del mismo modo en que la democracia les asumió a ellos. Pero no sólo fueron asimilados como demócratas sino que también recibieron reconocimiento como combatientes y opositores –en su resistencia silenciosa, que diría Gracia– contra la dictadura. Bajo estos preceptos, quien legitimó intelectualmente el golpe de Estado de 1936, como fuera Ridruejo, y sentó las bases ideológicas del fascismo español, queda descrito como disidente, conspirador democrático y convencido socialdemócrata. Sólo un galimatías de este tipo puede convertir una figura que repudió del franquismo por no ajustarse a los auténticos postulados ideológicos del fascismo en un firme luchador por la democracia.

El argumento estético, como el que proponía Martínez Cachero en su *Liras y lanzas*, es el mismo del que parten Trapiello y Gracia, Cercas y Mainer, para rescatar del olvido la literatura del fascismo. Son obras indecorosas, dirán, contrarias a los valores democráticos y aun a la ética, pero en tanto que literatura sólo debe ser juzgada por la literatura misma. Y la estética les redimirá. Todo esto nos recuerda sin duda –y disculpe el lector la evocación literaria– la magnífica narración carcelaria de Manuel Puig en *El beso de la mujer araña*. En la novela del escritor argentino, la acción dramática se concentra en una celda en la que coinciden Molina, homosexual perseguido por la dictadura, y Valentín, encarcelado

¹⁹ Jordi GRACIA, «Las caras de Giménez Caballero», *El País* (10-12-2005).

²⁰ Benjamín PRADO, *Mala gente que camina*, Madrid, Punto de Lectura, 2006, págs. 96-97.

²¹ Isaac ROSA, «Los espinazos curvos de la dictadura franquista», *Rebelión* (15-10-2006), <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=39366>

por subversión política. Cada noche, antes de acostarse, Molina le cuenta una película a Valentín para hacer más llevadero el encierro y quién sabe si para conciliar el sueño. Pero los gustos o las premisas estéticas de las que parten los dos protagonistas entran en conflicto en el pequeño espacio que comparten. Molina adora las películas alemanas de propaganda nazi, a pesar de su ideología, porque las encuentra estéticamente bellas: la presencia de sus protagonistas, arios soldados del ejército alemán, fuertes, altos y rubios, atrae y fascina al espectador. Pero Valentín no puede tolerar la película por su contenido propagandístico, no consiente el enaltecimiento de la «inmundicia nazi» aunque sea por la vía de la estética e interrumpe la narración de Molina. Valentín no concibe una estética sin ética, la belleza al servicio del mal, la forma pura cuando atenta contra la verdad y la dignidad humana. Sin embargo nuestra crítica literaria, como Molinita, se ha dejado seducir por la belleza que acaso han localizado en los textos de Foxá, Ridruejo o Pemán; se han dejado atrapar por la telaraña de palabras bellas del fascismo, aunque esas palabras hubieran legitimado un golpe de Estado contra el gobierno de la República, una Guerra Civil de daños inconmensurables y una dictadura de cuarenta años, marcada por persecuciones, torturas y muertes. Pero nada de eso importa si hablamos de literatura y provoca placer estético, se defenderán con cinismo. Pero, como Valentín, hay que interrumpir su discurso, considerar el contenido ideológico de la ideología del fascismo y analizar las consecuencias históricas de las palabras bellas al servicio de la inmundicia. En este punto nos encontramos.

Unas gotas de nostalgia y seguramente algo más

Pero la pregunta que tenemos que formularnos de inmediato es: ¿por qué autores como Andrés Trapiello o Jordi Gracia, por ejemplo, de pensamiento liberal y democrático, llevan a cabo una lectura de tal envergadura del fascismo literario español? No hay notas de nostalgia en sus ensayos, como sí las había, por ejemplo, en Martínez Cachero. Habrá seguramente algo más. Pero, ¿qué es ese «algo más»? En la lógica cultural del capitalismo avanzado hallaremos la respuesta.

Para comprender ese «algo más» se hace necesario apuntar, aunque sea sucintamente, el modo en que se establece nuestra relación con el pasado en el marco ideológico del capitalismo avanzado. Una de las características que mejor define la lógica posmoderna tal vez sea el debilitamiento de la historicidad que en ella se produce. Decía Jameson, en su ensayo *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, que la ideología posmoderna concibe la Historia como un espejo reluciente que empaña la contemporaneidad que radica en nuestro pasado: el espejo, en vez de devolver la imagen del sujeto que espera verse reflejado en él, proyecta un destello de luz cegadora que impide que reconozcamos nuestro rostro. La metáfora de Jameson muestra la imposibilidad de experimentar nuestra relación con el pasado de modo activo: si no podemos reconocernos en el pasado, ¿cómo vamos a extraer de él una experiencia revolucionaria?²² La posmodernidad, en efecto, debilita nuestra relación con el pasado borrando las huellas de

²² Fredric JAMESON, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991, pág. 52.

revolución y ruptura que hacen que la Historia no sea una línea continua y homogénea, sino una acumulación de luchas y tensiones. Al borrar las huellas del pasado, este queda políticamente desactivado: no puede interferir en el presente para combatirlo, transformarlo o, simplemente, hacerlo añicos. El pasado –la Historia– pierde, de este modo, su potencial revolucionario. Por eso, desde la ideología hegemónica posmoderna del capitalismo avanzado, para neutralizar la capacidad de intervención del pasado sobre el presente, la Historia se despoltiza y se desideologiza; y las interpretaciones del pasado que se hacen desde nuestro presente posmoderno desplazan lo político y lo social en virtud de otras categorías sin duda más asumibles para la ideología dominante.

Esto explica ese «algo más» y explicita los motivos por los cuales se ha producido, en la actualidad, este *revival* de la literatura del fascismo español con la novedad de que su carga política ha sido borrada. Se pone en marcha un proceso de normalización del pasado por medio de la aniquilación de aquellos elementos que no se ajustan a nuestra lógica presente y de asimilación de aquellos otros, más abstractos, a nuestra normalidad democrática y posmoderna. Pero este proceso de despoltización/normalización no sólo se registra en novelistas fascistas, sino también en otros de signo contrario. Recordemos, por ejemplo, lo que sucedió durante la celebración del centenario del nacimiento de Miguel Hernández en 2010. En los diversos actos institucionales que se celebraron en conmemoración del poeta oriolano, se hizo una referencia constante a la calidad humana y poética de Miguel Hernández pero, en ningún caso, se aludió a su compromiso republicano y mucho menos a su militancia comunista, ya que, para la ideología posmoderna dominante, estos rasgos de su biografía podrían entorpecer el proceso de normalización y de asimilación democrática que se hizo de su figura. En este sentido, no es casualidad que la Ministra socialista Leire Pajín, en la entrega simbólica del carnet de periodista a Miguel Hernández, en el marco del centenario, instó a «cuidar y difundir el legado, incluso si no se está de acuerdo con sus convicciones»²³. Porque –así se nos da a entender– una cosa es la política y otra bien distinta, la literatura. Lo mismo sucede con la literatura del fascismo español, que para disfrutarla desde la sensibilidad democrática y posmoderna actual, se hace preciso pasarla por un proceso de despoltización previa; con la única diferencia que nosotros, los comunistas, seguimos reivindicando el componente político de nuestros escritores, como única manera posible de aprehender el sentido en su radical historicidad, mientras que el revisionismo trata de ocultar la carga política de los escritores fascistas para naturalizarlos por medio de la vía de la estética.

Un fenómeno parecido, aunque en este caso no exento de polémica, se vivió en Francia durante la celebración del cincuenta aniversario de la muerte de Louis-Ferdinand Céline en 2011. El aniversario, que finalmente no se celebró, fue anulado debido a que su autor, en palabras del Frédéric Mitterrand, a la sazón Ministro de Cultura, había «puesto su pluma a disposición de una ideología repugnante, la del antisemitismo (...) no se inscribe en el principio de las celebraciones nacionales»²⁴. El asunto, como decimos, vino acompañado de

²³ Belén TOLEDO, «El legado vuelve a estar preso», *Público* (19-10-2011).

²⁴ Ana TERUEL, «La polémica puede con la celebración del aniversario de Céline», *El País* (21-01-2011).

polémica. En España Vargas Llosa escribió lo siguiente en su tribuna de opinión en el diario *El País*:

Su decisión [la del Gobierno francés de anular la celebración] parece suponer que, para ser reconocido como un buen escritor, hay que escribir también obras buenas y, en última instancia, ser un buen ciudadano y una buena persona. La verdad es que si ese fuera el criterio, apenas un puñado de polígrafos calificaría. Entre ellos hay algunos que responden a ese benigno patrón, pero la inmensa mayoría adolece de las mismas miserias, taras y barbaridades que el común de los seres humanos²⁵.

En esta misma línea Juan Goytisolo, escritor nada sospechoso de simpatizar con el fascismo, consideraba que era preciso deslindar el genio del escritor de su ideología política en su artículo «Mal bicho, pero genial»²⁶. Aurelio Arteta, también en las páginas de *El País* respondía a Goytisolo con un artículo de título invertido, «Genial, pero mal bicho»²⁷.

La polémica trasciende nuestras fronteras como constata la polémica que vivió nuestro vecino del norte con la celebración del aniversario del autor de *Viaje al fin de la noche*. La pregunta que deberíamos formularnos a continuación es: ¿qué hacemos con nuestros escritores fascistas? ¿Los borramos de los manuales de la literatura, dejamos de leerlos por perversos o, por el contrario, olvidamos durante el instante de lectura (o tal vez por un rato más) su condición política para degustarlos mejor? Ni una cosa ni la otra. No se trata de condenar al olvido las obras de los escritores del fascismo español. Ni mucho menos esa es nuestra intención: el olvido no debe formar parte de nuestro proyecto. Al contrario, lo que se propone en estas páginas no es sino leer la literatura fascismo española en su radical historicidad, sin despolitizarla, sin extirparle nada. No se propone aquí un escrutinio cervantino, sino poner en práctica lo que nos enseñó precisamente Cervantes en su Quijote: que cualquier papel, también el que nos encontremos pisoteado en el suelo, merece la pena ser leído. Pero para no errar en la lectura no podemos desatender bajo qué condiciones históricas se escribieron los textos, qué ideología transmitían, qué actos legitimaron y, sobre todo, como decía Walter Benjamin, que la cultura en ocasiones también es un documento de barbarie²⁸.

²⁵ María VARGAS LLOSA, «Los réprobos», *El País* (30-01-2011).

²⁶ Juan GOYTISOLO, «Mal bicho, pero genial», *El País* (12-04-2011).

²⁷ Aurelio ARTETA, «Genial, pero mal bicho», *El País* (11-06-2011).

²⁸ Walter BENJAMIN, Tesis VII, *Sobre el concepto de Historia*, en *Obras*, libro 1/vol.2, Madrid, Abada, 2008, pág. 309.